Galicia en el epistolario de Menéndez Pelayo

(Hace un par de años, en estas mismas páginas de *Libredón* publiqué un artículo acerca de la relación entre Pereda y Galicia. Las mismas razones que allí expuse justifican este; además, el 75 aniversario de la muerte de Menéndez Pelayo, que se conmemora en los días en que redacto estas notas, puede ser ocasión para volver sobre ese asunto, que acaso interese a los gallegos de Cantabria).

Desde 1982 la Fundación Universitaria Española viene publicando, bajo el cuidado de don Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, de Santander, el Epistolario del erudito y bibliógrafo santanderino; hasta este momento (mayo de 1987) han aparecido doce volúmenes, que recogen más de seis mil cartas —de las aproximadamente diecisiete mil que compondrán la colección—, entre las recibidas (la mayoría) y las escritas por don Marcelino. Como es fácil imaginar, teniendo en cuenta la calidad y cantidad de los corresponsales, en estos epistolarios hay un inagotable caudal de datos, noticias, opiniones, ideas, curiosidades, etc., utilísimas no sólo para los investigadores y especialistas, sino para cualquier lector culto, interesado por la historia, la política, el pensamiento, la educación y la literatura española de 1870 a 1912. Como muestra de eso que digo, sirvan estas páginas, en las que comentaré algunas de las referencias a Galicia que podemos encontrar en aquellas cartas. Prescindiré aquí del aspecto que acaso sea el más interesante: las relaciones de don Marcelino con una de las figuras culminantes de la cultura de Galicia de su tiempo, Emilia Pardo Bazán.

Si en este epistolario encontramos con cierta frecuencia noticias y referencias a Galicia, se debe a la circunstancia de la dilatadísima amistad —más bien, fidelidad de discípulo hacia el maestro— que Menéndez Pelayo mantuvo con el hoy poco recordado don Gumersindo Laverde Ruiz, cántabro también, que fue catedrático en el Instituto de Lugo entre 1863 y 1873, y de la Universidad de Santiago desde 1876 hasta su muerte, en 1890. Probablemente él fue quien mantuvo con Menéndez Pelayo una más asidua, extensa y dilatada correspondencia; y también quien con más frecuencia suministraba a don Marcelino noticias de Galicia, preferentemente, de su movimiento cultural, científico o literario, poniéndole en contacto con personalidades gallegas.

La primera de aquellas noticias la encontramos en una carta fechada el 17-10-74 y se refiere así a quien será el nombre más ilustre de la literatura gallega; "Rosalía Castro de Murguía— tradujo poesías de Aguilera al gallego" (I, 115)[1]; curiosa noticia, que revela lo poco informado que estaba el catedrático cántabro, o la escasa resonancia que había alcanzado Rosalía, quien a estas alturas ya había publicado varias novelas y tres libros de poesías, entre ellos, dos ediciones (1863 y 1872) de *Cantares gallegos.* Algunos años más tarde, el 15-11-80, Laverde volverá a referirse a la escritora con más conocimiento pero con evidentes prejuicios hacia su obra: "Estoy leyendo *Follas novas* de Rosalía Castro de Murguía, gran poetisa y maestra de habla gallega; pero tocada del pesimismo escéptico de Heine y Bécquer, que descorazona" (IV, 308). La última referencia de don Gumersindo a la cantora del Sar la encontramos en una carta del 8-8-85: "Ya habrás tenido noticia del fallecimiento de la gran poetisa gallega Rosalía Castro" (VII, 277).

A partir de 1876, con el traslado de Laverde a la cátedra de Santiago, las noticias de Galicia comienzan a menudear, siempre en relación con los intereses eruditos y bibliográficos de ambos corresponsales; he aquí una muestra, del 17-6-77, en la que, aparte de informes sobre libros y bibliotecas compostelanas, hay curiosos datos acerca de las condiciones en que podía

hacerse entonces el viaje entre Cantabria y Galicia: "El viaje es fácil, pues de Santander a el Carril o La Coruña hay frecuentes vapores. De La Coruña a ésta se viene en diligencia en unas 6 horas, y de Carril en hora y media por vía férrea" (II, 371).

Según parece, ya en Compostela, Laverde comenzó a familiarizarse con las personalidades de la cultura gallega; a propósito de Murguía, escribe del 10-7-78: "Es investigador diligente y escribe bien. ¡Lástima que esté imbuído de malas ideas, aunque es bastante discreto para disimularlas!" (III, 170). Esa escasa simpatía, que por razones ideológicas Laverde parece sentir por el historiador gallego, es compartida por don Marcelino, quien el 21-7-86 opina así sobre una de sus obras: "He leído el extravangantísimo libro de Murguía *Los Precursores,* libro archirromántico, tristón y nebuloso, y lo que es peor, saturado de malas ideas de todos géneros, entre las cuales descuella un *separatismo* ridículo, que dudo que tenga secuaces en Galicia" (VIII, 17); un juicio que, en su respuesta, justifica así don Gumersindo: "No me sorprende lo que me dices de Murguía. De ese pie cojean todas sus obras: tiene la manía del celtismo" (VIII, 37). No obstante, en alguna otra ocasión, manifestará su admiración y aprecio por lo que las tesis de Murguía significan como defensa de la lengua gallega: "Murguía ha publicado en *La Ilustración Gallega y asturiana* un valiente artículo en defensa del uso de los dialectos como lenguas literarias, impugnando a otro escritor que los reputa meros monumentos arqueológicos", escribe el 14-9-79 (IV, 65).

El catedrático cántabro, cada vez más enterado del estado de las letras gallegas, muestra su interés por este asunto con una propuesta que, aunque imprecisa, es un antecedente de lo que años más tarde será la Academia Gallega: "Así como hay Academias correspondientes americanas, debiera haberlas regionales para el estudio de los idiomas y dialectos peninsulares. Propón la idea a la Academia Española que, contando con personajes influyentes fácilmente podrá obtener del Gobierno una pequeña subvención para que dichas Academias cubran los gastos más precisos", escribe en marzo del 83 (VI, 75). Nuevos datos y juicios acerca de las letras gallegas podríamos citar: el 12-12-83 comenta la próxima publicación del *Diccionario gallego-castellano,* de Valladares: "Contiene alrededor de 12.000 voces y todavía dista mucho de agotar la materia. Tan rica es la lengua gallega (...) En Orense sale a luz un periódico titulado *O tío Marcos da Portela,* redactado en gallego, y no hace mucho todavía que en La Coruña se representó un drama, escrito también en gallego, si bien en un gallego menos puro, fresco y natural que el de los literatos orensanos. La poesía gallega contemporánea forma ya una regular biblioteca en que hay cosas de muy subido precio" (VI, 259).

A veces, las cartas nos permiten recordar sucesos, muy importantes entonces y hoy casi olvidados: el 10-2-79 comenta la noticia del descubrimiento del Sepulcro del Apóstol (III, 380); también las polémicas subsiguientes acerca de la autenticidad de aquella tumba aparecen en el epistolario que vengo comentando, mezclándose en ellas el propio Menéndez Pelayo; el 27-9-79 escribe Laverde: "Un periódico de Lugo publicó días pasados un suelto que te colgaba, como proferida en cátedra, la sentencia de que el Apóstol Santiago no estuvo en España. Ignorando hasta qué punto fuese exacta semejante especie, no me atreví a desmentirla en *El Porvenir,* como pensé en el primer momento. Desde luego me figuro que si algo dijiste sobre el particular, no sería en términos tan rotundamente negativos como el diario lucense supone, y que te limitarías a indicar que acerca de ese punto andan muy discordes los críticos" (IV, 77).

Dado el interés investigador de don Marcelino en torno a herejes y herejías, y el exarcebado integrismo de Laverde, no es de extrañar que a veces éste, o alguno de sus amigos y correligionarios, suministre a Menéndez Pelayo informes (casi denuncias) referidos a esas cuestiones; buena muestra de ello es la carta que el 1-2-80 le escribe el sacerdote compostelano Emilio A. Villelga y que constituye una densa lista de herejes o librepensadores gallegos coetáneos, con precisiones acerca de sus escritos, desviaciones doctrinales, etc. Entre otros nombres hoy poco recordados incluye a Benito Vicetto y a Curros Enríquez; y comenta: "Por esta tierra no faltan anticristos de más o menos importancia, pero apenas hay manera de hablar de ellos" (IV, 165). También Laver-

de alude en cartas de esa época al poeta de Celanova, siempre en tono desfavorable, por el anticlericalismo de sus versos (IV, 291; V, 166; V, 201).

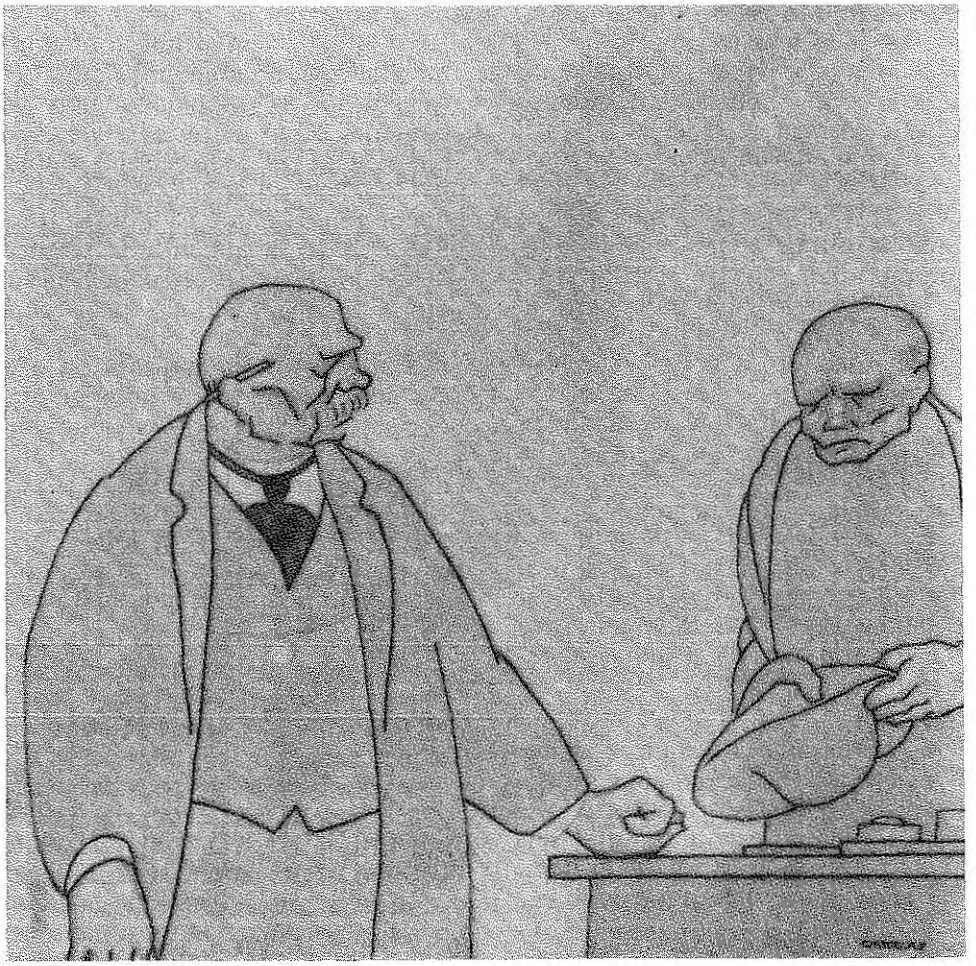
También guardan relación con el interés de ambos corresponsales por lo heterodoxo algunas curiosas noticias que leemos en las cartas de Laverde; el 19-5-78 escribe: "el autor del folleto espiritista, llamado Villamarín y otro visionario de su escuela se pasaron la noche que siguió al día en que se supo aquí la muerte de Pío Nono, investigando en una retorta a qué clase pertenecía el alma del difunto Papa" (III, 112); en otra del 15-5-86 alude a "las lucubraciones de un notario de la villa de Ordenes, jefe de los espiritistas gallegos" (VII, 523); el 21-4-86 menciona "un libro sobre los brujos y astrólogos gallegos, donde da noticia del famoso libro mágico de San Cipriano, del cual todo el mundo habla y nadie ha visto. Un caballero de Lugo me aseguró que con este libro podía cualquier clérigo hacer que el demonio pusiese a su disposición cuantos tesoros encierran el mar y la tierra en sus entrañas. ¡Lástima que no logre un ejemplar nuestro Ministro de Hacienda!" (VII, 505-506). En su respuesta, el 25 de mayo, don Marcelino manifiesta conocer "el opúsculo de Barreiro sobre las artes mágicas de Galicia. Es curioso, aunque escrito con mal espíritu y con ausencia de notas comparativas" (VII, 536).

El anteriormente citado presbítero Emilio A. Villelga se convirtió pronto —a través del común amigo Laverde— en corresponsal y ferviente admirador de Menéndez Pelayo, cuyos escritos procuraba difundir, especialmente en el diario católico compostelano *Libredón*, del que era asiduo colaborador, junto con Brañas, Barcia y el mismo Laverde. Según indican sendas cartas de Villelga y Laverde, en octubre de 1882 (V, 502-504), en *Libredón* se reprodujeron algunos artículos antiheterodoxos de don Marcelino, así como comentarios elogiosos de sus escritos.

Como vamos viendo, Laverde es el principal vínculo entre Menéndez Pelayo y Galicia, su más constante informador al respecto; pero también vemos que no fue el único; aparte de doña Emilia Pardo Bazán, otros intelectuales (escritores, investigadores, profesores) gallegos mantuvieron relación epistolar con don Marcelino y en sus cartas hallamos también noticias de interés para nuestro propósito.

Fue precisamente aquella escritora coruñesa quien introdujo ante el santanderino a un escritor y profesor pontevedrés que, hoy poco recordado, tuvo cierto renombre en su tiempo: Jesús Muruais en carta fechada en La Coruña el 3-8-80, doña Emilia pide a don Marcelino que recomiende ante los Tribunales de oposiciones para asignaturas de Institutos a "Don Jesús Muruais, amigo mío, persona de rara discreción y no comunes dotes" (IV, 298). Acaso por la recomendación del sabio cántabro o por méritos propios (o por ambas cosas), el caso es que Muruais superó aquellas pruebas y años más tarde le encontramos como Catedrático de Latín y Retórica en el Instituto de Orense; desde allí escribe a don Marcelino varias cartas en 1885 solicitando su apoyo para conseguir el traslado, por concurso, a otras cátedras o Institutos; en una de ellas, el 20 de junio, añade una sugerencia, que no es el primero en hacer, pero que don Marcelino nunca llegó a cumplir: "¿Cuándo viene Vd. a ver este país que tanto se parece al suyo? Ahora que hay cólera en media Península e islas adyacentes, era la ocasión de venir a este dulce rincón, donde no entró más peste que la de la política" (VII, 235).

El segundo intelectual gallego al que voy a referirme, Juan Barcia Caballero, fue presentado a Menéndez Pelayo por Laverde en carta del 11-10-83 como "Médico y literato apreciable de esta ciudad" (VI, 221). Meses más tarde, el 25-1-84 le comenta que Barcia "está publicando en el *Libredón* una serie de Cartas dirigidas a D.ª Emilia sobre la cuestión del realismo e idealismo; piensa formar con ellas un folleto" (VI, 288); el tal folleto —casi libro— se publicó con el título de *La cuestión palpitante. Cartas amistosas a la Sra. D.ª Emilia Pardo Bazán* (Santiago, 1884) y, a petición de don Marcelino (cfr. VI, 316), el autor le remite un ejemplar (VI, 358). Una carta suya del 16-6-85 contiene algunos datos de interés: menciona a Alfredo Brañas como amigo común, alude a la reciente visita de Pereda y Galdós a Santiago (de la que hablé en mi anterior artículo en esta revista)[2] y expone a don Marcelino su pretensión de obtener una cátedra de Anatomía en la Facultad de Medicina de San-



—¿Decías que eras probe e tiñas unha vaca, eh?

tiago, en la que es "Profesor de Trabajos Anatómicos", para lo que solicita su influyente apoyo (VII, 226). Al parecer, Menéndez Pelayo acogió favorablemente esa petición, lo que Barcia agradece en carta del 4 de noviembre, en la que añade un comentario referido a Pereda: "Ayer le escribí anunciándole que tenía terminado un trabajo crítico acerca de sus libros, y preguntándole en dónde quería que se lo publicase" (VII, 331); el estudio, titulado "Pereda y su obras", apareció en 1886 en la *Revista de la Juventud Católica de Santiago,* que dirigía el propio Barcia: me he ocupado de ello con cierto detalle en el artículo anteriormente citado.

Otra figura interesante de las letras gallegas de la época, que mantuvo relación epistolar con Menéndez Pelayo fue don José Pérez Ballesteros; como siempre, fue Laverde quien dio a Marcelino noticia de ese folklorista y cultivador de la poesía gallega, en cartas de 22-4-79 y 9-12-79 (III, 342; IV, 124). Algunos años más tarde es el propio Pérez Ballesteros quien se dirige a Menéndez Pelayo, enviándole la obra que acaba de publicar, el *Cancionero popular gallego, y en particular de la Provincia de La Coruña* (Madrid, 1885), "para recuerdo de este país donde tantos admiradores tiene Vd." (VIII, 55). Además de recopilador de la lírica popular gallega y autor de poemas originales, Ballesteros fue traductor al gallego de algunos poemas bíblicos; así lo comenta el 24-12-86 en carta a don Marcelino: "el Sr. Laverde Ruiz me excita a la impresión de poesías bíblicas en dialecto gallego que, con la aprobación eclesiástica, tengo para publicar, a fin de que pueda Vd. mencionarlas en su obra de los traductores españoles" (VIII, 225).

Como es natural, son frecuentes las noticias referidas a la vida universitaria compostelana; a este respecto, podemos recordar aquí algunas especialmente interesantes. La primera tiene que ver con el mundo estudiantil (y la añeja costumbre de *puentes* y vacaciones adelantadas); en una de sus últimas cartas, el 29-4-90, Laverde expone un problema: "Por haber anticipado las vacaciones de Navidad un día más que los otros estudiantes de Derecho de esta Universidad, los del segundo grupo de dicha Facultad, al que pertenece mi hijo Jesús, fueron condenados por el Sr. Rector a quedar para los exámenes extraordinarios de septiembre. Desde el día 7 de marzo está en la Dirección General de Instrucción Pública la instancia que elevaron al gobierno impetrando indulto en consideración entre otras razones a haber recobrado la salud su Majestad el Rey. También pudieran alegar la falta de equidad que resulta de que a ellos, por haber tomado el punto el 13 de diciembre, se les impusiera tan grave pena, mientras que los de esa Universidad, que le tomaron algunos días antes, ningún castigo recibieron" (X, 344-345).

La segunda noticia se refiere a un episodio que pone en relación a Menéndez Pelayo con la Universidad de Santiago; gracias a este epistolario se descubre un dato que debería modificar los que figuren en los anales de la Universidad Compostelana: la solemne lección inaugural del curso 1884-1885 no fue obra, como allí consta, sólo del Catedrático don Gumersindo Laverde Ruiz, sino también de don Marcelino Menéndez Pelayo, catedrático de la Universidad entonces llamada Central.

Don Gumersindo, que había recibido de su Rector el encargo de pronunciar aquella lección, escribe a su amigo santanderino el 19-5-84 pidiéndole ayuda (VI, 380); don Marcelino responde de inmediato: "te mandaré un embrión de discurso sobre Foxo Morcillo (...) Creo que llamará la atención por su novedad" (VI, 383). Tras reiteradas reclamaciones del solicitante y excusas del solicitado, a lo largo de ese verano del 84 (VI, 443, 454-455 y 461), en septiembre el texto de la lección está ya en manos de Laverde, quien hace algunas correcciones, de las que se excusa ("sólo cambié algo en el exordio y en la peroración, corriendo el riesgo de pegar dos retazos de mal paño a un manto de púrpura"); (VI, 482) y que merecen la aprobación del autor, admirado de que "con tales materiales hayas levantado tal edificio" (VI, 507). El episodio concluye con este comentario del propio Laverde, que acaso por su precaria salud, ni siquiera llevó a cabo la lectura pública de aquel discurso ajeno, aunque distribuyó entre sus amigos y colegas los correspondientes ejemplares impresos, como si de una obra suya se tratase: "Veo una prueba de tu generosidad en lo que me dices del discurso inaugural. Parece que ha gustado. Dicen

FABRICA DE MOBILIARIO

herpesa S.L.

COLEGIOS — OFICINAS — HOSTELERIA

EXPOSICION Y VENTA AL PUBLICO

SOLARES (Cantabria) TELEFONO 52 01 11

GODOFREDO

PESCA SUBMARINA

Todo lo relacionado con la pesca deportiva de mar y río

Ropa marinera, chubasqueros, abierto sábados tarde

Paseo de Pereda, 31 Teléfono 21 57 51

S A N T A N D E R

todos que Fernández le leyó con alma. Remití ejemplares al padre Ceferino, Pidal, Valera y otros amigos" (VI, 517).

Ese Fernández a quien don Gumersindo se refiere como lector de *su* discurso académico era don José María Fernández Sánchez, investigador y erudito asturiano (de Llanes), Catedrático de Historia Universal y de España en la Universidad Compostelana, viejo amigo y correligionario de Laverde, que aparece con cierta frecuencia en este Epistolario, ya desde 1875, en que escribe a don Marcelino para felicitarle por su tesis sobre la novela entre los latinos (I, 317). Cuando Laverde se traslada a Santiago, Fernández Sánchez es uno de sus mejores amigos (había entre ellos cierto paisanaje, pues don Gumersindo pasó buena parte de su infancia en la comarca de Llanes) y, en consecuencia, las referencias a aquel en las cartas de Laverde a Menéndez Pelayo son muy frecuentes. En especial, son reiteradas las noticias alusivas a la más importante obra del catedrático asturiano, una Memoria sobre las Peregrinaciones a Tierra Santa que, con el título de *Santiago, Jerusalén, Roma,* se publicó en tres tomos, entre 1880 y 1884; su proceso de preparación y edición puede seguirse puntualmente a través de estas cartas: desde febrero de 1877 a abril de 1884 (II, 278; IV, 75, 141, 206, 407; V, 384, 437, 453; VI, 119 y 350). El propio Fernández Sánchez escribe a don Marcelino a propósito de esa aventura investigadora y editorial, el 30-5-84: "Me hace Vd. muchísimo favor en querer tener en su biblioteca el pobre libro que estoy publicando en unión del catedrático de Medicina de esta Universidad D. Francisco Freire Barreiro, (...) En cuanto esté concluído me apresuraré a remitírsele, bien persuadido, sin embargo, de que nada, absolutamente nada puede servir a Vd. la *rudis indigestaque moles.* El favor le recibimos nosotros, y gracias otra y otras mil veces. Nos metimos en una empresa temeraria, que nos ha costado doce mil duros. Y luego no sabemos ni mi compañero ni yo explotar el negocio. Me temo que a los ratones y polillas no les faltará qué hacer. Cuatro palabras de Vd. valdrían mucho para su fortuna; pero no me atrevo a pedirle tanto, considerando, sin contar el escaso merecimiento del libro, las múltiples ocupaciones que deben abrumar a Vd." (VI, 390-391).

La cordial, casi fraternal amistad entre Fernández y Laverde se pone de manifiesto, por última vez en estas cartas, en la que el primero escribe a Menéndez Pelayo el 9-10-90; allí pone en su conocimiento que el viejo maestro y amigo está agonizando, ya ha recibido la Extremaunción y, pues pregunta constantemente por su querido Marcelino, que éste le escriba unas letras de ánimo y consuelo (X, 487-488). No hubo ya tiempo para ello, pues pocos días más tarde, el 12 de octubre de 1890, fallecía en su casa de Santiago de Compostela don Gumersindo Laverde; pocos días antes, el 29 de septiembre había escrito (por mejor decir, dictado a su amanuense y firmado, pues desde años antes no podía valerse) la que sería su última carta a Menéndez Pelayo (X, 476-477). El impacto de esa muerte en el círculo de los amigos de don Marcelino puede deducirse de los comentarios que abundan en cartas de esas fechas, también recogidas en este Epistolario (vgr. X, 493, 495, 501-502, 504). Con su desaparición se rompe, casi por completo, la vinculación de Menéndez Pelayo con Galicia, su actividad cultural, científica y literaria, de la que Laverde había sido tan puntual informador; a partir de entonces (al menos, en las cartas publicadas, que alcanzan hasta 1892) la presencia gallega en el epistolario que nos ocupa es tan ocasional e irrelevante que podemos dar por concluídas aquí estas notas.

JOSE MANUEL GONZALEZ HERRAN
Universidad de Santiago de Compostela

1. En adelante, todas las citas de las cartas irán referidas a la edición del *Epistolario* de M. Menéndez Pelayo (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1986): en números romanos indico el tomo y en arábigos, las páginas.

2. José Manuel González Herrán, «Pereda y Galicia», *Libredón*. 1985, Centro Gallego de Cantabria (Santander), pp. 38-40.